

mos alcanzará el siglo, que ha de vivir mas que nosotros. Así las naciones y las sociedades se comunican recíprocamente sus luces, y así es necesario para el progreso perfecto de la vida universal de la humanidad, uno de nuestros principios históricos.

XIII

A la independiente actividad de Felipe II sucede la sumisa indolencia de Felipe III, y el hombre á quien no habia podido dominar nadie es reemplazado por un hijo que ni piensa, ni obra, ni gobierna sino por la voluntad de un favorito, á cuya firma ha dado el rey igual autoridad que á la suya propia. El privado es el árbitro de los empleos públicos, el repartidor de las fortunas, y su fausto eclipsa, oscurece el del monarca. A ejemplo del duque de Lerma, la nobleza abatida en los anteriores reinados abandona sus antiguos castillos y acude á ostentar sus galas en la corte. Palacios suntuosos, gran tren de carrozas, muchedumbre de mayordomos, capellanes, palafreneros, pajes y entretenidos, todo boato les parecia poco á aquellos nuevos ricos-hombres, que hacian venir tapices de Bruselas, linos de Holanda, telas de Florencia, gorros de Lombardia, capas de Inglaterra y calzado de Alemania. Dejábanse arrastrar del mismo impulso las clases medias, y á todos alcanzaba el contagio. ¿Correspondia la prosperidad del Estado al brillo de la corte?

Abrumados de impuestos los labradores, dejaban el cultivo y emigraban á la aventura, allí donde creían poder proporcionarse algun medio de vivir; provincias enteras se convertían en áridos yermos, y el viajero andaba muchas leguas sin encontrar una casa habitada ni un campo labrado. «Si este mal continúa, le decían al rey las Cortes de Madrid, pronto faltarán paisanos que labren los campos, pilotos que dirijan las naves.... es imposible que dure el reino un siglo si no se pone un remedio eficaz.» — «Las casas se desploman, le decía el Consejo á su vez, y nadie las reconstruye; las aldeas quedan abandonadas, los campos incultos....»

El Consejo proponia remedios. Que se moderen los tributos; que se limite el número de religiosos de ambos sexos; que se refrene el lujo y se ponga tasa á los trajes; que comience el soberano dando ejemplo por el arreglo de su casa, «pues el número de criados, le decía, y las raciones que consumen son dos terceras partes mas que en tiempo de nuestro augusto padre el Sr. D. Felipe II, cosa que merece que V. M. lo considere con reflexion y haga conciencia de ello.» Los remedios quedaron sin efecto.

No habia rentas, pero habia lujo: los labradores perecian, pero los grandes comían en vajilla de oro: moria la industria, pero se erigian monasterios: las aldeas se desplomaban, pero los conventos rebosaban de habitantes.

Y no por eso se renunciaba al sistema de guerra exterior de los anteriores reinados. Nuestros ejércitos eran enviados como antes á pelear en todos los países de Europa, y nuestros marineros cruzaban todos los mares. Los arranques eran los mismos, pero las fuerzas no podían corresponder á los ánimos. Imponíanse al gigante enflaquecido los mismos esfuerzos que en los días de su virilidad y robustez. ¿Dónde estaban los recursos para alimentar á los soldados que batallaban? Las flotas de la India llegaban con dificultad, y dábse gracias de ver arribar algun galeon que no hubieran apresado los corsarios ingleses ú holandeses. Las que llegaban estaban anticipadamente empeñadas, é invertíanse en sostener el fausto de la corte. Un general salía por fiador del gobierno, y empeñando sus alhajas particulares lograba que los comerciantes de Cádiz le prestaran algunas sumas para ir manteniendo sus tropas. Subíanse los impuestos, pero era pedir jugo á un tronco seco y aridecido. El cuerpo social parecia de extenuacion, y le desangraban para darle vitalidad. Quisose convertir en moneda la plata de los templos, pero se opuso el clero, y faltóle fuerza al gobierno para hacerse obedecer. Se recurrió á la alteracion de la moneda, y doblándose el valor del vellon se dobló el precio de las mercancías. Se inundó el reino de moneda de cobre adulterada, y desapareció la plata y el oro. Tal era la ciencia de gobierno del duque de Lerma.

La irreflexiva expedicion á Irlanda costó una derrota y un bochorno. Y de la muerte de Isabel de Inglaterra, astuta y decidida protectora de los enemigos de España y del catolicismo, no se sacó mas partido que un tratado de paz, que algunos años antes hubiera parecido vergonzoso, y que entonces se celebró en Madrid con regocijo.

Flandes continuaba siendo cementerio de hombres y sima de tesoros. La toma de Ostende fué gloriosa, pero costó cerca de tres años de sitio y cincuenta mil soldados. Entre tanto el de Nassau nos tomó otras plazas. La famosa tregua de doce años empezó á poner de manifiesto á los ojos de Europa la flaqueza y decadencia de España.

Pudo, no obstante, esta misma situacion haber redundado en bien de la monarquía, si esta hubiera estado dirigida por mas hábiles manos. En paz con Inglaterra y Holanda, garantida la de Francia por el doble matrimonio de los príncipes y princesas de ambas naciones, pudo el gobierno español, con un desahogo que no habia disfrutado en cerca de un siglo, dedicarse á restañar las profundas heridas que en el corazon del país habian abierto las dilapidaciones de dentro y los dispendios de fuera. Pero estos fueron los momentos que escogió el monarca, aconsejado por dos arzobispos, para descargarse sobre él un golpe fatal. Expedióse el edicto para la expulsion de los moriscos, y la poblacion proscrita se llevó tras sí el comercio, la agricultura y las artes. El consejo del beato Juan de Ribera pudo ser muy piadoso y muy justo, pero despobló la nacion y la dejó arruinada.

Contrataba grandemente la guerra de armas en Italia con la guerra de intrigas en la corte. Allí se disputaba el ducado de Saboya; aquí el favoritismo del monarca. Allí Carlos Manuel despedía al embajador de España é invadía el Milanesado; aquí el de Uceda suplantaba á su mismo padre el de Lerma en el favor del débil príncipe. Allí mediaba Luis XIII para ajustar un tratado en Pavia; aquí intervenía el padre Aliaga, confesor del rey, en los manejos de las privanzas palaciegas. Allí se formaban alianzas de príncipes italianos contra España y conjuraciones de españoles contra Venecia; aquí se fraguaban planes y se empleaban artificios para dominar en palacio. Allí se ganaba para España la Valtelina que habia de envolverla en nuevas complicaciones; aquí se ganaba el valimiento del monarca, que poseído por D. Rodrigo Calderon habia de llevarle con el tiempo, como á otro Don Alvaro de Luna, de las gradas del trono á los escalones del cadalso. Habian vuelto los tiempos de Juan II y de Enrique IV.

Y prosiguieron todavía. Porque á la privanza infausta de Lerma y Uceda con Felipe III substituyó la no menos funesta de Olivares con Felipe IV.

Mas embajador que político el Conde-Duque, alucinó al pueblo y fascinó al rey. El pueblo creyó en las ofertas de un bello programa, y se dejó engañar como un enfermo desesperado que acoge las palabras de un curandero. El rey era un niño, y se enamoró de un ministro que le hacia apellidar el Grande mucho antes de poder serlo. Cuando el pueblo reconoció su error, no pudiendo poner remedio se limitó á murmurar, que era lo único para que le habian dejado fuerzas los reinados anteriores; y el monarca que hubiera podido remediarlo, no lo conocia.

Felipe IV y la política de su privado trajeron á España males que aun lamenta, y compromisos de que no ha acabado de salir al cabo de dos siglos. Empeñados en engrandecer la casa de Austria, arruinaron la España. En la famosa guerra del imperio, llamada de los treinta años, no cesó Felipe de prodigar hombres y tesoros al emperador. Iban nuestros soldados á vencer en Praga, para ser vencidos despues en Estremoz y Villaviciosa. Triunfaban á quinientas leguas de distancia para dar á Fernando de Austria la corona de Bohemia, y cuando tuvieron que pelear dentro de España eran ya un ejército debilitado que dejaba perder el Portugal. Arrojan del imperio el Elector Palatino y dominan el Rhin, para no poder defender mas adelante las fronteras de Francia y tener que ceder el Rosellon. Luchaban con su acostumbrada bravura allá en Alsacia, en la Suabia y la Baviera, contra el rhingrave Othon, contra el landgrave de Hesse y contra el terrible Gus-

tavo de Suecia; eran degollados en Oppenheim, triunfaban en Lutzen, perecian helados en los Alpes y ganaban laureles en Norlinga: sufrían reveses y alcanzaban triunfos en lejanas tierras y por ajenas causas; y cuando hubo necesidad de defender el reino, invadido por los vecinos ó alterado por los naturales, faltaron ya fuerzas para ello: habíase gastado la vida en climas y en empresas extrañas.

La guerra con Holanda, emprendida de nuevo al espirar la tregua de los doce años, hubiera podido justificarse si hubiera podido sostenerse. Pero á pesar del arrojo de nuestros soldados, que allí, como en todas partes, vencían y triunfaban, pero no dominaban; á pesar de los talentos militares de Espínola, de la proteccion del emperador, y de los refuerzos sacados de Alemania para atender á aquellos países, hubo de resignarse Felipe IV á reconocer definitivamente la independencia de la República, y á cederle las conquistas hechas en América y en la India. Triste resultado de ochenta años de lucha, tan dispendiosa en hombres como en dinero. La tregua de doce años habia sido el indicio de nuestra debilidad; el tratado de Westfalia lo fué de nuestra impotencia.

Cierto que fué una fatalidad el que se hubiera levantado contra España un genio tan activo, tan político y tan sagaz como el ministro de Luis XIII. No pudiendo sufrir el cardenal de Richelieu ni el engrandecimiento amenazador de la casa de Austria ni la arrogancia del gobierno español, dedicado á alentar á los que ya eran enemigos y á suscitar otros nuevos á los gabinetes de Madrid y de Viena, la política y las armas francesas encendieron la guerra donde estaba apagada, y avivaronla donde estaba ya encendida, y en tan general conflagracion no era posible que dejara de sufrir la España grandes catástrofes. La nacion que tenia sus guerreros desparramados por toda Europa y por todos los mares vió su propio territorio invadido por ejércitos extraños. Los franceses se atrevieron á penetrar en Guipúzcoa y en Cataluña. No tenia Richelieu mejor auxiliar que la política del Conde-Duque. Parecia obrar de concierto.

Creciendo con los reveses del reino la altanería del valido, apuraba á un tiempo los recursos y la paciencia del pueblo. Estalló con explosion la mina del despecho en la provincia menos sufrida, en la mas celosa de sus fueros, y tambien la mas ofendida y hostigada. La insurreccion de Cataluña con sus terribles bandos de segadores, con sus horribles matanzas y sus venganzas sangrientas, fué un feliz acontecimiento para Richelieu y los franceses, y la imprudente política de Olivares convirtió en guerra larga y formal lo que hubiera podido ser un arranque momentáneo de enojo. Reprodujéronse las escenas de los tiempos de Juan II de Aragon, y aun fueron mas adelante, porque Luis XIII, nombrado conde de Barcelona, pudo llamarse algun tiempo rey de Francia y de Cataluña. Esta provincia volvió á ser española, pero el Rosellon y la Cerdeña allá se quedaron para no mas volver.

Todo era desastres. Portugal, oprimido y vejado, se levanta tambien, encuentra ocasion de sacudir la dependencia de Castilla, y la dominadora del orbe es impotente á evitar la desmembracion de una provincia suya. ¿Qué importa que no se reconozca todavía de derecho su independencia? La monarquía portuguesa renace con Juan IV con todas las condiciones de estabilidad. Emancípanse tambien sus colonias, y entre portugueses y holandeses nos hicieron perder medio mundo. Todos lo sabian menos el monarca español. Cuando Olivares le dijo que el duque de Braganza habia hecho la locura de coronarse rey de Portugal, lo cual era una fortuna, porque así sus bienes volverían al fisco, «pues disponerlo así,» le contestó Felipe; y continuó divirtiéndose.

Sicilia y Nápoles imitan tambien el ejemplo de Cataluña, y se sublevan contra la tiranía de los vireyes. En Palermo se erige un calderero en jefe del tumulto, y el gobernador se esconde en el sótano de un convento para evitar el furor de la muchedumbre amotinada que incendiaba las casas de los agentes del gobierno español. En Nápoles se proclamaba la república á la voz de un pescador; el duque de Arcos abraza primero á Masaniello en el balcón de su palacio para significar al pueblo que accede á todas sus peticiones; pero despues el conde de Oñate hace degollar hasta á los hijos de los que ha-

bían tomado parte en la insurreccion. Tampoco falta allí la intervencion de la Francia. Las revueltas se sosiegan y se restablece el orden; pero los sucesos mostraban cuán impopular y cuán flaca era la dominacion de los vireyes en aquellos países.

No cambió la suerte de España ni mejoró su fortuna con la muerte de Richelieu y con la de Luis XIII. A Richelieu sucede Mazzarini, cardenal como él y hechura suya, menos energético y violento, pero mas disimulado y astuto. Continúa de su política, sostiene la monarquía durante la regencia de la reina madre. Luis XIV comienza á anunciarse fatal para España desde la cuna con la victoria de Rocroy. Las guerras de la Fronde en Francia infunden aliento á los españoles; Turena y Condé ayudan con sus venganzas de rivalidad el ascendiente que á favor de las revueltas iba recobrando la España, pero todo lo deshace la mañosa política de Mazzarini. Cuando Felipe IV solicitó el auxilio del gran protector de Inglaterra, ya Mazzarini se le habia anticipado, y prefiriendo Cromwell la amistad de la Francia, se declara Inglaterra contra España, y coopera activamente á su ruina. La derrota de Dunes pone á Felipe IV en el caso de suscribir á la paz. Estipúlase el célebre tratado de los Pirineos. Conciértase en él el matrimonio de Luis XIV con la infanta María Teresa de España, y se ceden á Francia la Cerdeña y el Rosellon con muchas plazas fuertes de Flandes y de los Países Bajos. Triunfó la diestra política de Mazzarini sobre la del negociador por España. En una pequeña isla del Bidasoa se determinaron los destinos futuros de nuestra nacion. El tratado de la isla de los Paisanes contenia el germen de un cambio de dinastía. Aquellas capitulaciones matrimoniales habian de hacer de una España austriaca una España borbónica; y sin embargo, tal era el estado de las cosas que se aplaudió como una fortuna el tratado de los Pirineos.

Richelieu y Olivares representan la elevacion de Francia sobre el abatimiento de España. Aquel personifica la creacion de la monarquía absoluta francesa sobre la muerte de la vieja monarquía aristocrática: este simboliza la decadencia de la monarquía conquistadora de España, que habia reemplazado á la monarquía popular, y dado entrada á la monarquía de los grandes, de los favoritos, de los confesores y de las mujeres. Richelieu abrió el camino á Luis el Grande, y Olivares le preparó á Carlos el Imbécil. Felipe IV con toda su indolencia tenia todavia elementos para haber sido mas que Luis XIII si en lugar de un Gaspar de Guzman hubiera contado con un Richelieu: y Luis XIII no era ni tan grande ni tan intrépido que sin un Richelieu no se hubiera quedado en menos de lo que fué Felipe IV.

Tres grandes transiciones políticas se verifican en esta época. La Inglaterra pasa á la libertad despues de sus guerras parlamentarias, últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa. La Francia corrió al despotismo de Luis XIV despues de las guerras de la Fronde, últimos esfuerzos de la independencia francesa. España entra en una impotencia miserable despues de la guerra universal del cuarto Felipe, últimos alientos de su antiguo colosal poder. Inglaterra libre y Francia absoluta se levantan sobre la España impotente que las dominó antes.

La adulacion habia aplicado el sobrenombre de Grande á un monarca que merecia solo el de piadoso y benigno. Cuando se vió que lo iba perdiendo todo, la lisonja halló un medio ingenioso de conservarle el dictado dándole por divisa un pozo con estas palabras: *Cuanto mas le quitan mas grande es.* Queriendo adularle, le hicieron un epigrama.

Apesadumbróle mucho la pérdida de Portugal y le aceleró la muerte. «Quiera Dios, le dijo al tiempo de morir á su hijo Carlos, que seas mas afortunado que yo.» Pero Dios no lo quiso así, y el hijo fué mucho mas desdichado que el padre.

Faltan términos con que expresar el abatimiento á que vino la monarquía en el reinado de Carlos II. Todo se conjuraba contra ella. Un rey de cuatro años, flaco de espíritu y enfermizo de cuerpo, una madre regente caprichosa y terca, toda austriaca y nada española, entregada á la direccion de un confesor alemán y jesuita, inquisidor general y ministro orgulloso; con un reino extenuado y un enemigo tan poderoso y